

ROBERTO CAREAGA C.

El día, el 7 de enero de 2015, había llegado a las librerías **Sumisión**, novela en la que Michel Houellebecq imaginó que en un futuro cercano Francia elegía por las urnas a un presidente islamista. Por supuesto, el libro desató una polémica antes de su publicación y esa mañana la discusión se trasladó a la reunión del equipo de Charlie Hebdo, la ácida revista satírica parisina. La mayoría no necesitaba haber leído el libro para confirmar su impresión de que Houellebecq era un reaccionario, pero en el otro lado dos periodistas que sí lo habían leído lo defendían por principios literarios. Unos minutos después, la discusión fue zanjada de la manera más brutal que pudiera concebirse: "Luego entraron los asesinos y pusieron a todo el mundo de acuerdo", contará después con algo de ironía Philippe Lançon, uno de los sobrevivientes al atentado de dos islamistas en que fueron asesinadas 12 personas.

Lançon hizo el comentario dos años después del ataque y le hablaba a su médico, Chloe, quien de manera casi obsesiva venía trabajando en la reconstrucción de su rostro: el periodista salvó con vida del atentado, pero recibió un disparo que le destrozó la mandíbula. El tratamiento fue bastante exitoso, pero duró casi dos años, en los cuales estuvo nueve meses en diferentes hospitales y entró y salió casi veinte veces del quirófano. Terminó siendo otro hombre, no solo en términos físicos, y eso es lo que cuenta en su libro **El colgajo**, considerado uno de los más importantes del año que recién se pasó. Se trata del testimonio de un sobreviviente y, a la vez, de un relato de transformación: es la historia de un hombre que supera el horror de mirar de frente una violencia incomprensible.

"Es posible, pues estoy aquí, en Francia, contestándole tranquilamente. La vida es frágil, pero fuerte", dice Lançon en un correo electrónico, respondiendo en español. Periodista y escritor, su labor ha sido durante años la de crítico cultural, casi siempre de obras literarias. Parte de la redacción del diario Libération, también integra el equipo de la revista Charlie Hebdo. Hasta hoy es así. El día del atentado, con entonces 51 años, pudo elegir a qué medio dirigirse y, sin ninguna razón de peso, se fue a la publicación que sería el blanco de los hermanos Saïd y Chérif Kouachi, dos franceses hijos de argelinos, criados en un orfanato y que en su juventud se sumaron al yihadismo. No fue un objetivo al azar: Charlie Hebdo venía desatando la furia de los sectores islamistas más duros, especialmente tras unas caricaturas de Mahoma en 2006. Incluso, en 2011 recibió un ataque incendiario.

En enero de 2015, Charlie Hebdo, que había sido un ícono de la izquierda, estaba venida a menos y, sin embargo, necesitaba a un guardaespaldas a tiempo completo, pues concentraba una peligrosa atención de grupos radicales. Como cuenta Lançon en **El colgajo**, la mañana del atentado estaban en una reunión conversando de contenidos futuros, analizando el país. Eran periodistas, ilustradores e intelectuales ejerciendo de rebeldes a pesar de que las evidencias señalaban que ya no lideraban ninguna rebeldía: "Atrafamos los malos sentimientos como un pararrayos, lo cual, lo admito, no nos hacía ni menos agresivos ni más inteligentes: no éramos unos santos y no podíamos responsabilizar a los demás de que el talante

ENTREVISTA Después del horror

Philippe Lançon:

"La vida es frágil, pero fuerte"

A cinco años del atentado terrorista que sufrió la revista Charlie Hebdo, el escritor francés habla de **El colgajo**, su libro testimonial como sobreviviente del ataque.

• Considerado uno de los libros del 2019, el texto de Lançon es un relato sobre cómo se enfrenta el horror.



de Charlie hubiera quedado obsoleto. Al menos lo sabíamos y no parábamos de reírnos de la situación", escribe Lançon.

"Allahu akbar" ("Alá es el más grande"), gritaron los hermanos Kouachi al entrar a la redacción, disparando a todos a su paso. Lançon se lanzó al suelo y, de suerte, recibió un disparo que no fue fatal. El momento del ataque es relatado en detalles por Lançon, que cuenta que cuando se fueron los yihadistas avanzó a tientas entre sus compañeros muertos sintiéndose dos personas, sin saber realmente si seguía vivo. "Era un herido de guerra en un país en paz y me sentí desamparado", escribe más adelante, antes de empezar la larga recuperación. De fondo, nunca como hilo central, en **El colgajo** aparecen las manifestaciones de Francia contra el terrorismo, el fenómeno mundial de apoyo en la frase "Yo soy Charlie" y algunos hitos del extremismo islámico en Europa. En cambio, en el frente del relato, está Lançon narrando quién ha sido, preguntándose quién es y cómo podrá ser.

"Escribí casi todo el libro entre junio y diciembre del 2017, sobre todo en Inglaterra e Italia. Me imagino que tenía que estar lejos de París para lograrlo. Lo había intentado antes, sobre todo en el invierno del 2016, pero sin éxito: era demasiado temprano. Todavía estaba en lo duro del proceso de reconstrucción física, no tenía ni energía ni distancia para escribirlo", cuenta Lançon. "El impulso que tuve al escribir es sencillo: contar cómo este atentado ocurrió y cómo cambió la vida de un hombre —yo— y, en cierta medida, la vida de su familia y de sus amigos, desde mi punto de vista exclusivamente, y en un cuadro muy particular: los hospitales donde estuve durante nueve meses", añade.

Publicado en 2018, **El colgajo** atrajo de inmediato la atención de los franceses y, además de convertirse en un pequeño fenómeno entre los lectores, recibió los premios Roger Caillois y el especial Renaudot. Al traducirse en español, Lançon también conquistó a la crítica y su texto fue elegido en varios países como uno de los libros del año. A cinco años del ataque a la revista Charlie Hebdo, su testimonio da cuenta de una Europa resquebrajada por el terrorismo islámico: el libro también es el testimonio de cómo está cambiando la cultura del Viejo Continente. Hoy, al menos, Lançon sí que ha cambiado su forma de vivir: "Intento ser más suave, y, también, de no hablar (o de no escribir) de temas, de historias, que no crucen directamente mi propia experiencia", sostiene.

—¿Cambió de alguna forma su concepción del trabajo del periodista e incluso de la escritura?

—Cuando escribo ahora en Charlie Hebdo es sobre temas, obras, historias, que de una manera u otra me tocan, y lo hago siempre, y abiertamente, desde mi propia experiencia. En Libération es diferente: no se usa el "yo". No puedo hablar de mi propia experiencia. Ahí sigo escribiendo, creo, como hacía antes, sobre libros, obras de artes, piezas de teatro. Pero intento ahora no escribir sobre obras que no me gustan, pues me parece

tiempo perdido. Ya me cansé del papel de "crítico malo", aunque lo crea necesario: sin disgusto, no hay gusto.

—El relato del momento del atentado es muy explícito y vívido. ¿Escribir "El colgajo" fijó su experiencia o se ha ido transformando?

—Escribí de la manera más precisa posible lo que me parece haber vivido en aquellos momentos, y busqué la forma escrita que convenía a este estado, muy ambiguo y "flotando" entre ambos mundos, las dos personas que era en ese momento. Creo ahora que eso me ha enseñado, o recordado, que lo que me gusta, tanto en la escritura como en la lectura, siempre tiene un vínculo profundo con la niñez, la magia del nacimiento y el terror frente a la noche, a la soledad, a la muerte.

—¿Por qué decidió que el libro incluyera tan pocas reflexiones políticas sobre la situación del terrorismo islámico?

—Por que no es un ensayo: es un cuento. Y porque no tengo competencia para hablar de eso. Además, libros sobre estos temas sobran. No los leo.

—Muchos lectores se impresionan de que no escriba desde la rabia o la venganza, mucho menos desde el odio. ¿Tuvo esos sentimientos? ¿O decidió dejarlos fuera del libro?

—No los tuve, que yo sepa. Y me asombra que eso asombre a tanta gente. Pero lo entiendo: viven lo que viví desde fuera, y, desde fuera, imaginan que solo se puede tener odio, rabia, ira, y qué se yo. Son lugares comunes, prejuicios. Una experiencia como esta te aísla y te hunde en tu condición humana, y en este pozo, cada uno reacciona con lo que es y como puede. Unos sí van a tener odio; otros, no.

—¿Cuánto cambió concretamente su labor como periodista tras el atentado?

—Sigo en Charlie Hebdo. Y con Libération. El trabajo, en la vida, al menos en mi vida, es más que un trabajo. Es una disciplina mental que me mantiene, como me mantuvo en el hospital, donde empecé a escribir de nuevo para mis periódicos, entre bloque y bloque. Como decía Proust, escribir es un producto de otro yo, y, en mi caso, este otro yo me ayudó a salvar el yo que había sido herido.

—A cinco años del atentado, ¿cómo ha sido la vida posterior a Charlie Hebdo? ¿Sigue teniendo la atención que tuvo después de los hechos?

—Charlie Hebdo sigue viviendo una vida difícil, pues las amenazas de muerte continúan, y la gente trabaja en un lugar escondido, sobreprotegido, lo que le cuesta muchísimo dinero. Nuevos dibujantes y nuevos periodistas y escritores han llegado desde 2015, y hacen su trabajo libremente, aunque bajo presión: mucha gente no entiende el humor negro de Charlie, su espíritu satírico, pero como ahora es un periódico muy famoso (aunque no tan leído), lo critican como si fuera Le Monde o The New York Times; lo que sería cómico, si no fuera tan trágico. Vivimos en un mundo difícil, que da miedo, y demasiada gente lo toma todo en serio.

